

# Carlos Blanco Aguinaga (1926-2013). In memoriam

MARI PAZ BALIBREA  
*University of London*

Carlos Blanco perteneció a la llamada segunda generación del exilio republicano, la de quienes huyeron de España al final de la Guerra Civil siendo niños. Nueve años tenía Blanco cuando cruzó con su familia la frontera francesa desde su Irún natal y doce cuando, con otros muchos refugiados españoles, huyó en barco a México, instalándose con su familia en la Ciudad de México. Se licenció en literatura por la universidad de Harvard y se doctoró en la UNAM. Su docencia universitaria se desarrolló mayormente en los Estados Unidos, en particular en la Universidad de California, San Diego, donde ejerció como catedrático de Literatura Española desde 1964 y hasta su jubilación en 1994. Aunque volvería a España en numerosas ocasiones y la convertiría en el centro de su quehacer investigador, nunca tuvo pasaporte español.

Es así que la guerra condicionó definitivamente su ciudadanía pero también su pertenencia a una identidad exiliada, definida a partes iguales por la derrota y por el orgullo de haber participado en la Guerra Civil del lado de la ética y la razón democráticas, en las que se preserva lo más admirable de los valores del exilio republicano. Creo que esos principios le inculcaron la creencia, que caracterizó su vida, en la solidaridad, la justicia y en la necesidad de la lucha política e ideológica para ganarlas. Los años de formación en México permitieron que encontrara continuidad en él un entendimiento democrático de la realidad que el triunfo del franquismo truncó para millones en España. En el mítico Instituto Luis Vives de la Ciudad de México recibió una educación humanista y laica que pronto evolucionaría hacia posturas marxistas, las que dan la clave de su posición política y de su visión crítica de la cultura. Su estatus de exiliado republicano le abrió las puertas de la universidad americana, donde el campo del hispanismo había crecido desde los años cuarenta con la presencia de ilustres intelectuales liberales del exilio como Pedro Salinas, Jorge Guillén, Américo Castro o Vicente Lloréns, quienes recibieron al brillante Aguinaga con los brazos abiertos. Pero, en tanto que especialista en la literatura contemporánea española –su tesis había versado sobre “el Unamuno contemplativo”–, Blanco se negó a ceñirse a asuntos filológicos. Muy pronto sus publicaciones empezaron a mostrar una preocupación por la intersección entre literatura e historia que revelaba en definitiva una creciente radicalización política y filosófica hacia el marxismo que desde entonces le definiría. Por ejemplo, su trabajo sobre los orígenes políticos radicales de los miembros de la Generación de 1898, bastión del canon literario y frecuentemente instrumentalizado durante la dictadura para acomodar ideas sobre la nación, constituyó en el momento de su publicación, 1970, una de las intervenciones más innovadoras y atrevidas en el campo de la crítica literaria. Sus estudios sobre Galdós, Unamuno y toda la generación del

98 vienen a modificar en España un campo dominado por visiones conservadoras del canon literario. Su visión de España desde fuera de España es decisiva para entender el alcance de sus aportaciones a la interpretación de la Generación del 27, en particular su trabajo sobre Emilio Prados, pero también del realismo crítico en la España franquista y su posterior rechazo, a través de la obra de Blas de Otero, Juan Goytisolo y Juan Benet y, finalmente, de la literatura de la democracia. De los años de formación en México le queda una vinculación indeleble a América Latina, que da fruto en trabajos importantes, aunque más puntuales, sobre Octavio Paz, Carlos Fuentes, Sor Juana Inés de la Cruz y José Martí, entre otros.

Es cierto que el entorno académico y extra-académico que se vivía en los Estados Unidos desde los años sesenta invitaba a acercamientos eminentemente políticos y ello ayuda a explicar su giro político, pero creo que más que un origen fue para él un canal a través del cual encontró expresión una sensibilidad hacia lo histórico-crítico que Blanco llevaba en su ADN de exiliado. Su compromiso con el pensamiento crítico lo entiendo como vinculado a un hábito adquirido de pensar desde los márgenes y de sospechar de los discursos hegemónicos, que es la marca del exiliado político.

El prestigio de su biografía explica la acogida que tuvo entre los universitarios antifranquistas en los 60, a los que contribuyó a formar política e intelectualmente en sus estancias como catedrático visitante en la Universidad Complutense, en tanto que director del programa de educación en el extranjero de la Universidad de California en Madrid. Una vez en democracia, Blanco Aguinaga fue en los años 80 uno de los pocos intelectuales elegidos por el gobierno del PSOE para materializar un gesto de recuperación del legado cultural del exilio republicano para España, de cuando data su periodo más estable de relación con la universidad española, como co-fundador de la Universidad del País Vasco en Vitoria.

De vuelta a California participó en las luchas del movimiento estudiantil y de los derechos civiles, demostrando que su compromiso no se limitaba a la política intelectual. Como tal, dejó una marca muy duradera en la historia de las universidades americanas a través de su trabajo como co-fundador y director del Programa de Estudios del Tercer Mundo y de una de sus facultades. Promocionó, desde estos cargos, la presencia de las minorías raciales en los campus universitarios, escasísimas y segregadas en ese tiempo, así como la de sus historias y culturas en los temarios docentes y las disciplinas. Ello tuvo su no pequeña repercusión en el mismo campo del hispanismo. Carlos Blanco Aguinaga es uno de los primeros “peninsularistas”, como se llama en Estados Unidos a los especialistas en España, en apoyar activamente el desarrollo, en departamentos de español, del estudio de América Latina y los estudios chicanos y latinos. Para que se entienda: no tuvo inconveniente en cuestionar la hegemonía de los estudios sobre España, su propio campo, dando carta de relevancia a otras áreas del hispanismo.

Yo le conocí como estudiante de doctorado en San Diego, ya acabando su carrera docente, y tuve el honor de ser una de sus últimas alumnas. Aunque llegué a San Diego directamente, procedente de Barcelona, y mi educación hasta el momento había sido completamente española, Carlos Blanco Aguinaga fue la primera persona que me dio clases sobre la guerra civil española y su exilio. No era yo una excepción, más bien parte de una generación que creció durante la transición a la democracia, cuando no se

hablaba de la Guerra Civil porque se aceptaba que revisarla, o bien ponía en riesgo al país de repetir su pasado más traumático o, sencillamente, había dejado de tener ninguna influencia en el presente. Tener a Blanco Aguinaga como profesor y luego como director de mi tesis doctoral me convirtió en investigadora y profesora, pero también cambió definitivamente la forma en que, desde entonces, entiendo la historia de España y mi relación con ella.

Como intelectual del exilio republicano, Blanco ha sufrido la característica marginación historiográfica de los que no pudieron pertenecer a la tradición cultural de un solo país. Aunque la mayor parte de su trabajo crítico y de creación literaria está publicado en España, su difusión se ha visto perjudicada por la idiosincrasia de la posición de Blanco: un autor que no vive en el país, cuyos temas desbordan el ámbito nacional y poco tienen que ver con los de quienes serían sus compañeros de generación en España: la llamada generación del medio siglo, con una presencia no continuada en la universidad y en la vida pública española. Las mismas problemáticas se repiten en México, donde sí compartió experiencias e intereses generacionales muy relevantes con otros niños del exilio republicano convertidos en creadores literarios: José Pascual Buxó, César Rodríguez Chicharro, Tomás Segovia, Luis Rius, entre otros. Sin embargo, su temprana marcha a los Estados Unidos truncó también esta filiación. Es en “su” literatura donde más se explicita la presencia del exilio como conformadora de una visión angustiosamente desplazada del mundo. Crisis de identidad y destierro –y con ellas memoria, distancia y ausencia– están presentes en novelas y relatos como *Un tiempo tuyo*, *Carretera de Cuernavaca*, *Esperando la lluvia de la tarde* o *En voz continua*. Sin embargo, es necesario reivindicar ese margen como un valor, porque en su ir y venir hizo posible una trayectoria extraordinaria en la que se retroalimentaron vocación crítica y literaria, convicción política y extraordinarias circunstancias históricas. Testimonio de ello son sus apasionantes memorias en dos tomos, *Por el mundo* (2007) y *De mal asiento* (2010). Su posición gozne hizo posible una tarea político-intelectual transnacional que la convierte en excepcional. El valor de su legado merece que reconsideremos los moldes taxonómicos que aplicamos, a veces sin reflexionar, para catalogar y valorar lo que de importancia hay en la producción cultural, intelectual y política de quienes vieron condicionadas sus vidas por la necesidad de exiliarse de España al fin de la Guerra Civil.